

Aguirre, Carlos; Fisher, William. *Vigilar, castigar e imprimir. La producción de libros en la penitenciaría de Lima (1907-1961)*. La Libertad: Reino de Almagro, 2025, 250 pp.

Si rápidamente observamos un texto que tiene como encabezado *Vigilar y castigar*, con la misma velocidad nuestros recuerdos nos dirigen a los estudios de Michel Foucault y sus entramados sobre el control social y las relaciones de poder. Pero si a este título le sumamos el término «imprimir», nuestro horizonte de recuerdos parece encontrar una disonancia. Y aunque parezca contradictorio, esta aparente incongruencia es el gran valor de este nuevo libro, escrito por Carlos Aguirre y William Fisher. El libro *Vigilar, castigar e imprimir* busca conectar dos campos historiográficos muy estudiados a nivel internacional, pero que, a nivel local, todavía no han tenido la preponderancia que sí presentan otros temas. La historia social del delito ya ha sido escudriñada hace unos años por Carlos Aguirre en su libro *Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX* (La Siniestra, 2019), y, más precisamente, la experiencia carcelaria en *Donde se amansan los guapos: Las cárceles de Lima, 1850-1935* (Fondo Editorial de la Universidad del Pacífico, 2020). Por otro lado, su interés por la historia cultural del libro, de alguna forma, ha tenido un acercamiento con la presentación del libro *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina. Siglos XIX y XX* (Fondo Editorial de la PUCP, 2018). Estos enfoques historiográficos, aparentemente alejados entre sí, hoy se intersectan y proponen llenar algunos vacíos de la historiografía nacional.

*Vigilar, castigar e imprimir. La producción de libros en la Penitenciaría de Lima* consta de siete capítulos. Estos capítulos, a la vez, pueden organizarse de la siguiente manera: el primer capítulo se centra en los momentos iniciales de la formación de la penitenciaría y de las publicaciones originarias; de los capítulos dos a cinco, hay una mayor presencia de la cultura letrada y sus entramados con la imprenta de la penitenciaría;

en estos capítulos, se visibiliza los estrechos vínculos entre el ambiente carcelario y las obras representativas de autores como Abraham Valdelomar, César Vallejo, José María Eguren, Leonidas Yerovi, entre otros; en el capítulo seis, el foco de atención es el crecimiento de las editoriales independientes y la desaceleración de la producción de impresos literarios de la penitenciaría; mientras que el último capítulo escudriña sobre la recepción que hacen los presos ante la producción impresa de conocimientos e información carcelaria.

Los autores abren el telón de esta investigación con la presencia de la penitenciaría no como un centro de reclusión más, sino como una estructura carcelaria que conlleva cambios acordes con las nuevas ideas que subrayaban la importancia de la funcionalidad carcelaria en la readaptación del preso. La solicitud del director de la penitenciaría para la construcción de un taller de imprenta se interpreta muy bien en el libro como una necesidad sugerida, teniendo en cuenta el contexto externo e interno del área carcelaria. Por un lado, el texto atribuye el rápido crecimiento de la industria editorial y el consumo de impresos, tanto a nivel internacional como nacional, a un factor muy importante para entender el porqué de la solicitud de creación de un taller de imprenta. Por otro lado, su creación se alineaba con el objetivo de la readaptación social del recluso mediante el trabajo como mecanismo de cambio. Así, la penitenciaría no solo se ceñía a la función de control social, sino que también adoptó un enfoque moralizador y reformador. Pero también el taller de impresión fue un espacio generador de réditos económicos para la administración de la penitenciaría y, de alguna forma, para el beneficio del recluso.

En los siguientes capítulos, que abarcan del dos al cinco, se presta atención a la elaboración de materiales impresos de literatura producidos en el taller de imprenta de la penitenciaría. El recorrido por los libros de carácter literario se inicia con la obra de Bustamante y Ballivián, *La Evocadora: Divagación ideológica* (1912). Otros autores que forman parte del estudio fueron Abraham Valdelomar, con sus textos *Mariscala*, *Caballero Carmelo* y *Belmonte el trágico*; José María Eguren, con *La canción de las figuras*; Leónidas Yerovi, con *Poesías líricas*; César Vallejo, con *Heraldos*

*Negros, Trilce y Cascadas*, entre otros. En estos capítulos se entremezclan los vínculos existentes entre la producción de los impresos (de un aparente círculo intelectual) y un espacio aparentemente sombrío y contrapuesto a lo académico como la penitenciaría. De tal forma que estas páginas desarrollan las particularidades de la imprenta penitenciaria, como el mayor acceso de los escritores al proceso de producción de sus libros, una mayor maniobrabilidad que podía ejercer el escritor. Aunque también, de forma menos contundente, se entiende que los costos económicos fueron menores, lo que generó un estímulo suficiente para decidir por una determinada imprenta. Otro aspecto importante son los estrechos vínculos entre la vida carcelaria y algunos autores. Ejemplo de ello lo encontramos en *Trilce*, de César Vallejo, quien, debido a su travesía por la cárcel, se puede deducir que marcó un antecedente para la inspiración de sus escritos hasta la elección del lugar de impresión. También tenemos que recalcar la repercusión y el punto de encuentro de la imprenta y de los estudiantes universitarios, políticos y autoridades, que permitieron generar atracción y prestigio para el taller de imprenta.

El capítulo seis nos permite comprender cómo se dio el rumbo que encaminó el prestigio de la imprenta penitenciaria y su posterior desace-leración en la producción de libros de literatura. La aparición de las editoriales independientes —Casa Editorial Rosay, Euforion, Minerva— y los mecanismos tecnológicos de impresión, como el linotipo, fueron cobrando protagonismo y poco a poco oscureciendo la rauda producción literaria de las primeras décadas.

En el último capítulo, el texto nos lleva por un camino historiográfica-mente poco estudiado: la recepción que los presos hacen de los impresos a su alcance mientras realizan su labor en los talleres penitenciarios. Los talleres de impresión, de alguna forma, también se entienden como la articulación de estrategias-tácticas certaurianas; estimulan posteriores formas de reclamo y negociación contra las autoridades que controlan su reclusión. Un hecho específico como el comunicado colectivo a petición de un grupo de presos, que solicitó el retiro del director de la escuela del panóptico con el fin de acabar con la corrupción y los abusos para así optar por un verdadero y adecuado régimen penal y autonomía

de los presos, visibiliza el grado de conocimiento que fueron teniendo los reclusos. Es de ese modo que resulta interesante observar la dinámica entre los impresos de carácter penal, realizados por las autoridades, cargados de conocimientos y vocabularios específicos, y la receptividad de los presos-operarios.

Este libro, al igual que su intención de alumbrar a un grupo social poco estudiado a nivel nacional, también alumbró un vacío historiográfico al abordar las conexiones entre campos (desde una mirada de Bourdieu) aparentemente incomunicados. Es por ello de la peculiaridad del libro, pero sobre todo su prolija y exhausta utilización de fuentes, que nos coadyuvó a comprender la penitenciaría no solo como un ambiente de opresión y control social, sino también como un espacio permeado por la cultura editorial y la masificación de impresos, siendo los vasos comunicantes con un mundo externo que logró modificar de alguna forma la dinámica entre preso y opresor.

WAGNER MEJÍA GARCÍA

Universidad Nacional de San Martín